

AÑO IX.—NUM. 166

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 30 de junio de 1932

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN



Narraciones Ejemplares



Coscurrito era un niño malo. El no sabía por qué, pero sería verdad cuando los mayores lo decían. Coscurrito tenía una hermanita que era muy buena; también lo decían las personas mayores. Coscurrito y Milagrín iban a la misma escuela, pero nunca se sentaban juntos. Milagrín se sentaba en la primera mesa,

pero él siempre estaba junto a la estufa. Su tía decía que era muy desaplicado. ¡Qué tonta! Si hubiese escuela en verano, ya vería cómo se sentaba al lado de Milagrín, pero en invierno... ¡cualquiera!... Coscurrito era un niño culto y sabía muy bien las costumbres de los ogros y hadas que suelen habitar en los bos-

ques de importancia. Y no sólo porque lo hubiese leído en los libros de cuentos, él mismo había visto al ogro del bosque de su pueblo. La gente decía que era el guarda, pero bien sabía él que no había tal. Era el ogro. Lo único raro de aquél y que le distinguía de los demás ogros es que en lugar de espada, lle-



vaba un garrote, pero... se la habría dejado en casa porque pesaría mucho. Una tarde dijo a su hermanita: "¿Vamos a jugar a que éramos dos niños que nos perdíamos en el bosque?" Yo no sé—dijo Milagrín—. —No importa, yo te enseñaré—. Y cogidos de la ma-

no, atravesaron los linderos mirando de reojo por si aparecía el ogro, pues Coscurrito ya había puesto a Milagrín en antecedentes. Tan bien sabían jugar a que eran dos niños perdidos, que se perdieron de verdad. Lo notaron en que no acertaban a salir del bosque. —¿Y

qué hacemos ahora?—dijo Milagrín—. —Buscaremos la casa del hada—respondió Coscurrito—. —¿Sabes dónde está? ¡No! Pero la encontraremos. Todo el mundo sabe que los niños que se pierden ven al anochecer una lucecita entre los árboles, y esa lucecita, por lo



general, proviene de la casa del hada. Milagrín no quedó muy satisfecha con esta explicación, pero hizo con que se lo creía. Siempre hacía lo mismo con todas las cosas que decía Coscurrito.

Ya empezaban a tener miedo, pues se iba

haciendo de noche. Sobre todo, Coscurrito, mas lo disimulaba como si fuera un hombre. En esto distinguieron una luz. —¿Ya lo dije yo! —exclamó Coscurrito lleno de alegría, aunque también procuraba disimularla—. ¡Vamos allí y el hada nos enseñará el camino del pueblo!

Ya iban a echar a correr, pero tuvieron que pararse en seco y esconderse detrás de un árbol, pues a poco tropiezan con la bruja "Chupasangre", que iba recogiendo leña.

(Continuará)

LA BROMA QUE UN CABALLERO GASTO UN DIA A UN SOMBRERERO



EL QUE DE UN INGENIO SE VALE PARA DAÑAR A OTROS, ES TRAIOR A DIOS, DE QUIEN LE RECIBIO



La huella de "El Tigre"

ESCRITA EXPRESAMENTE

PARA "Jeromin"
POR MANUEL G. BENCOA



CAPITULO II

Los bandidos de New York

La situación de Amparo esa desesperada. —¡Socorro!— volvió a gritar. Ya comenzaba a sentir la asfixia, las fuerzas la abandonaban, se nublaron sus ojos, cuando de pronto una voz recia y varonil la hizo reaccionar. Animo, señorita. Voy en su ayuda. No desfallezca—. Y ante ella apareció entre las llamas un joven robusto y de simpático aspecto. ¡Apóyese en mí! ¡Rápido! ¡Los minutos son preciosos! ¡El palacio va a hundirse de un instante a otro! Los dos jóvenes, ayudándose mutuamente, fueron atravesando con un valor desesperado los obstáculos infinitos. Las vigas y las paredes caían a su lado con estrépito. Era una escena infernal, de humo, de estruendo, de llamas. Minutos pasaron que parecieron siglos; se abo-



gaban, no llegarían, no. Agotadas las fuerzas, apenas podían sostenerse. El fin se aproximaba. Ninguna fuerza humana podría salir de aquel lugar de maldición. Gracias por vuestro acto generoso —dijo ella—; vuestro sacrificio ha sido inútil. —Moriremos juntos—repuso él—. ¿Quién sois?—agregó ella—. Me llamo Roberto Lefler y soy sobrino de don Enrique. —¡Enrique Lefler! ¡Enrique Lefler!—murmuró Amparo estremeciéndose. Se habían dejado caer sobre el suelo del salón, rotas sus energías y dispuestos a morir.

La ventana del salón saltó hecha astillas y una larga escala penetró en la estancia. ¡Nos ayudan desde abajo! ¡El auxilio aún nos llega a tiempo! Y reuniendo todas sus fuerzas consiguieron alcanzar en un supremo esfuerzo los tramos de la escalera que los servidores de la casa habían colocado desde el jardín. ¡Salvados—exclamaron al verse en tierra firme y rodeados de amigos que les atendían solícitos.

En efecto, salvados, y a tiempo, pues en aquel mismo instante el palacio, envuelto en llamas, se desplomaba entre un estruendo horrible. Amparo no pudo reprimir un escalofrío. Bajo las cenizas

dormía el cadáver del banquero y el secreto del crimen y del robo.

Amparo y Roberto leían la Prensa de la mañana. La muchacha había contado a su salvador toda la tragedia de la noche del fuego, entregándole la mitad del plano arrancado de las manos del muerto. Los dos habían jurado unirse para desenmascarar a los bandidos y rescatar al tiempo la otra mitad del documento, que era la fortuna de Roberto.

En grandes titulares los periódicos decían así:

"El palacio de Enrique Lefler, des-

Así como en pintura, España sobresale sobre todas las naciones en escultura. Las iglesias españolas y especialmente sus Catedrales, son verdaderos museos de arte escultórico, teniendo en calidad y cantidad más que el resto de las iglesias del mundo juntas. La escultura en madera policromada es creación de los artistas españoles, siendo los imagineros de este género, sobre todos los que representan personajes de la Pasión de Jesucristo, maravillas famosas que de todo el mundo acuden a contemplarlas. En el próximo número citaremos algunos artistas, pues mencionarlos todos es tarea casi imposible, truido por el fuego. Entre las llamas perece el multimillonario", y continuaba narrando el suceso.

¡Sólo nosotros sabemos la verdad!—dijo el joven—. Pero juro vengar la sangre de mi tío. Escuchad—repuso Amparo—. En este mismo hotel se alojan Virginia y nuestro primo Gustavo. Es preciso espiarles. Usted se quedará vigilando el pasillo; yo voy a deslizarme por la cornisa. —Y sin esperar respuesta, la valiente muchacha saltó a la ventana. Roberto quiso detenerla, pero ya era tarde. Entonces, sacando su revólver, se apostó tras la puerta para vigilar el pasillo. En tanto, Amparito, con una audacia maravillosa, se deslizaba por la cornisa del hotel, que apenas tendría tres palmos de anchura. Pronto, no obstante, llegó hasta la ventana del cuarto ocupado por los malhechores. Con gran cautela miró. Virginia y cinco hombres hablaban; entre ellos estaban Austin, Gustavo y un sujeto de largos bigotes, a quien llamaban "Pin". Es preciso —decía Pin— marchar inmediatamente hacia el Oeste. Yo conozco aquella región, tengo amigos, y aun con sólo medio plano espero encontrar la mina, si es que... ¡Maldición!—exclamó de pronto—. ¡Nos espían!

Amparito, al cerciorarse de que había sido descubierta, hizo un movimiento brusco para apartarse. Perdió pie y cayó al espacio; sus manos se crisparon sobre la cornisa. La ventana se abrió, y la cara feroz de los bandidos se mostró a sus ojos. ¡Maldita

EL PASTOR MENTIROSO



Cierto pastor que apacentaba sus ovejas en un monte, divertíase alarmando de vez en cuando a los labradores de las cercanías.

—¡Favor! ¡Socorro! ¡Que viene el lobo!—gritaba.

Al oírlo acudían presurosos los labradores; pero al ver que sólo se trataba de una chanza, volvíanse a su trabajo.

Pero un día presentóse efectivamente el lobo y empezó a hacer destrozos en el rebaño. El pastor gritó desesperadamente en demanda de auxilio; pero los labradores, creyendo que, como otras veces, sólo se trataba de una broma, no se movieron, y el lobo hizo grandes estragos entre las ovejas.

Al que está acostumbrado a mentir nadie da crédito cuando alguna vez dice la verdad.

La mentira, pues, es perniciosa y más perjudicial a quien la profiere que a quien se pretende engañar.

ESOPHO

PASATIEMPOS

1.—Sin él moriríamos

VOCAL VOCAL NOTA

2.—Todos las tenemos

ABUNDA EN LOS MUSEOS
GALICIA TIENE MUCHAS

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

1.—Fea.

2.—Ceniceros.

periodista!—refunfuñó el jefe—. Es preciso acabar con ella. ¡De esta no se escapa!—dijo ferozmente el de los largos bigotes. ¡Preparaos, señorita—añadió con risa cruel—, vais a dar un salto en el vacío de cuarenta metros—. Y alzando el brazo se dispuso a empujar a la desdichada, que, sujeta desesperadamente a la cornisa, miraba a los infames con terror.

FIN DEL CAPITULO SEGUNDO

El tercer episodio de estas emocionantes aventuras lo publicaremos en el próximo número, se titula "¿Dónde aparece "El Tigre".



La C A NOTA qui TO
NOTA os, que NEGACION os digo
NOTA pu y
DCncia DL G. Ya he
dicho y lo NOTA Pa
que X NOTA forma
se C NOTA I: tá bien
o mal eduKNOTA. LA
bras g son
prue BA Dm Educación
GroNOTA in

Solución a la carta anterior.

Queridos amiguitos: Insisto hoy en que tengáis siempre contenta la conciencia, si queréis ser felices; porque si no la tenéis contenta no lo estaréis tampoco vosotros, aunque tengáis a vuestra disposición todos los honores y riquezas del mundo.

La conciencia es un juez severísimo al que no se soborna con nada. No lo olvidéis, amiguitos.

JEROMIN

Recreos científicos



Dificultad de liar un cigarro

Otra prueba tan divertida y difícil como la de trazar el cuadrado con sus diagonales es la de liar un cigarro, mirando mediante el espejo las manos. Como la mayoría de vosotros no tendrá el feo, costoso y perjudicial vicio de fumar, debéis invitar a que haga la prueba a un fumador veterano de los que alardean de saber liar un cigarro con toda perfección. Y sabrá hacerlo, sin duda, mirando directamente a los dedos y aún con los ojos cerrados, como lo hacen muchos ciegos; pero hacer tal operación mirando mediante un espejo yo aseguro que os dará ocasión de reír un buen rato y terminará por verter todo el tabaco sin lograr liar el cigarro.

UTIL Y RECREATIVO

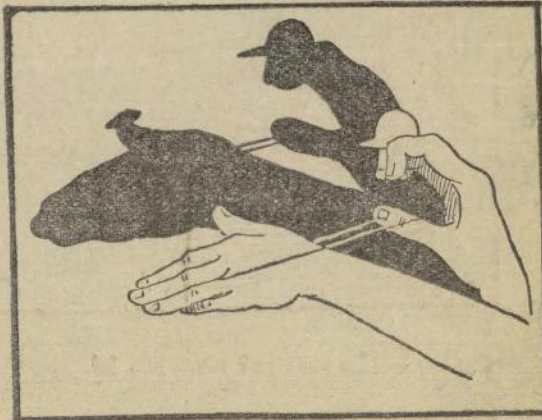


Un hombre corriendo

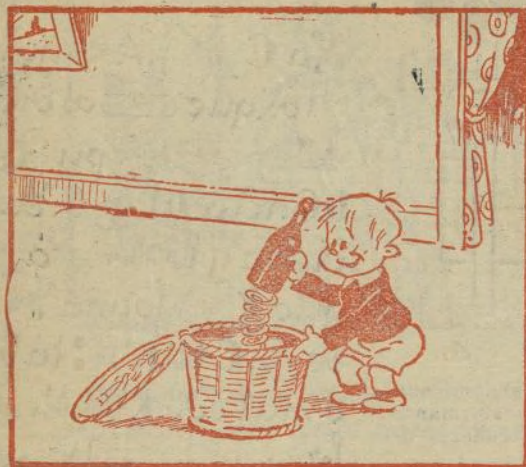
1.º Cortar ese cuadro en siete trozos como indica el dibujo, y podréis ir formando las figuras que sucesivamente iremos publicando.



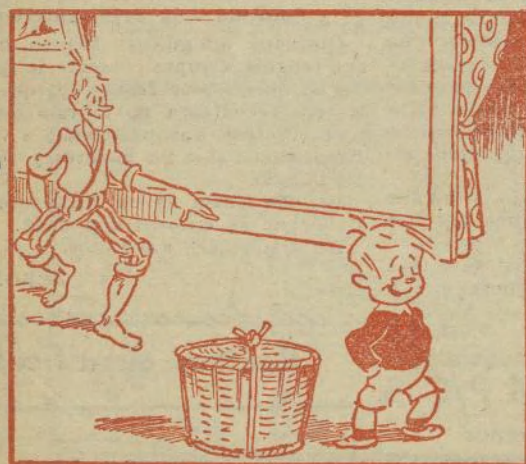
2.º Con las letras iniciales de las cosas dibujadas formar el nombre de un pueblo de Sevilla. La solución del anterior es Mieres.



3.º Sombras chinecas: Un jockey.



—Ya tengo elementos para dar hoy una bromita a Cascarilla y reirme mucho.



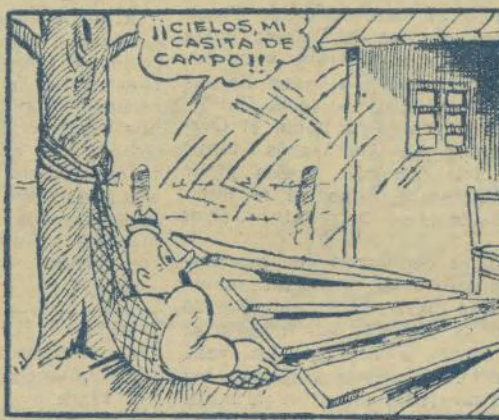
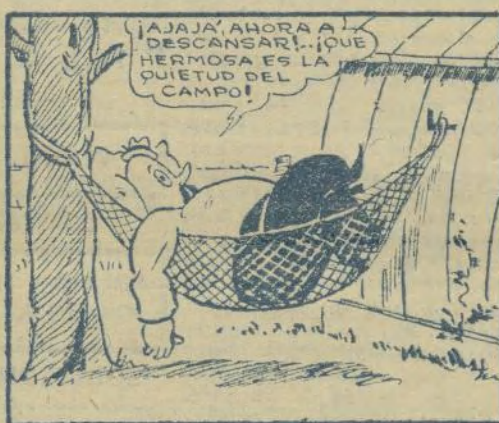
—Ya está. Ahora, cuando venga, como es tan curioso.



—¿Qué hay en esta cesta?
—Míralo: algo bueno, sin duda.



—¿Lo viste ya? ¡Ja... ja... ja!



De pronto, el inteligente animal se detuvo tres veces consecutivas la punta afilada del arbusto, y el chocho se partió por la vista y vió que del centro del árbol salía una rama puntiaguda en forma de lanza. El valiente Jeromin, decidido, como siempre, se internaron en las profundidades



de la tierra. Bajaban por una escalera de marfil, pero tan honda y tan larga, que Jeromin calculó que se hallarían a más de mil metros bajo tierra. En aquel momento, un grito agudísimo les oído. Era un jaylazo



se, y con pasos cautelosos avanzaron. De pronto vislumbraron una débil claridad allá al fondo del subterráneo. Pisando de puntillas, se acercaron. Jeromin asomó la cabeza por una abertura abierta en la roca viva



ME ESTOY ACORDANDO DE LATORO QUE ME DIO EL OTRO DIA EL CHICO ESE QUE ME TIENE TANTA RABIA, Y HOY ME VOY A VENGAR, PERO BIEN VEN CADITA



QUE NO SE TE OCURRA PEGARME, QUE TENGO UN FLEMON, ¿SABES?



YA TE HE DICHO, QUE NO ME PEGASES



Palanca está empujando una deliciosa sinfonía, y Repollo está dispuesto a estropearla por cualquier procedimiento.



Palanca, arrullado por las melodiosas notas, se ha quedado dormido.



Repollo aprovecha la ocasión y le mete una piedra en la boca del instrumento.



Palanca da un respaldito y ¡zas!... lanzó una nota discordante para el pobre Repollo.

Niños heroicos

El ingenio de Reinaldo



Era Reinaldo un zagalillo que a duras penas se ganaba el negro mendrugo que le servía de alimento pastoreando un hato de ovejas en compañía de su anciano padre.

Aquel territorio estaba asolado por las huestes salvajes del señor feudal de la comarca, que no contento con los crecidos tributos que ha-



cía pagar a sus villanos, frecuentemente hacía incursiones mermando cosechas y ganados.

Hallábanse apacentando tranquilamente sus ovejas, padre e hijo, en una tarde estival en que el sol, cayendo a plomo, parecía querer derretir los huesos, cuando apareció tras una loma un grupo de mesnaderos, que con grandes ri-



sotadas y sordos a los lamentos de los pobres menestrales, arrearón con las ovejas camino del castillo de su señor.

Grande fué el pesar de los pastores ante la bárbara expoliación de que habían sido víctimas. El padre de Reinaldo sufrió un golpe tal en su quebrantada salud, que se recluyó en su



misero chozo, quizá para no volver a salir, mientras Reinaldo tuvo que dedicarse a cortar leña en el monte para ganar algo con que mantener a su pobre padre.

Hallábase un día entregado a su ruda faena, cuando acertó a ver cómo pasaban entré los árboles las huestes de otro señor feudal, del que la fama no pregonaba más que bondades



y a cuyos siervos se consideraba como los más felices habitantes de la región. Al apercibirlo Reinaldo tiró el hacha, y saliendo al paso de su cabalgadura, dió muestras de querer hablar. Entonces contó todas las vejaciones que sufría la comarca y cómo hacía pocos días a él mismo le había sido arrebatado su ganado por el insaciable señor feudal, rogándole, ya



que era poderoso, que castigase tamaños desmanes.

—No es ese mi camino, ni esa la empresa que yo iba a acometer—dijo el señor—. Pero tu relato me ha conmovido de tal manera, que modificaré mi ruta y daré su merecido a ese malvado.

Dicho esto, ordenó a sus huestes que des-



cansaran, pues a la mañana siguiente pensaba tomar el castillo por asalto.

—Una gran dificultad tenemos que vencer—oyó Reinaldo que decía el señor—, y consiste en aproximarse a la muralla, pues nuestros enemigos, bien parapetados, podrán impunemente descargar sobre nosotros nubes de flechas.



Pero Reinaldo, que, como he dicho, lo había oído, solucionó pronto la dificultad, mostrando las rubias gavillas que se alineaban en el rastrojo, cada una podía ocultar a un guerrero. Esta fué una idea salvadora, pues a la mañana siguiente, cuando los asaltantes se desplegaron en guerrilla para tomar el castillo, las flechas fueron a hundirse en la blandura



de las gavillas, sin producir el más mínimo daño a sus portadores.

En pocos momentos llegaron a la puerta, que derribaron a hachazos, haciendo prisionera a toda la guarnición, con su señor a la cabeza, castigando de este modo el sinfín de iniquidades que había venido cometiendo en el país.

JUAN Y SU AMIGO RICARDO IMPROVISAN UN RESGUARDO



Dibujantes y pintores

Si, como vamos viendo, no hay sector de la actividad del hombre en que España deje de tener un puesto de honor, en lo tocante a dibujo y pintura fueron siempre, y lo siguen siendo, los españoles maestros consumados. En España tenemos los mejores ejemplares de dibujos y pinturas prehistóricas, sobre todos descuellan los famosísimos de la cueva de Altamira, en Santillana (Santander). Las pinturas de esta cueva son tan extraordinarias, de una técnica tan asombrosa, que superan en muchos detalles a lo mejor de la época actual. El dibujante o dibujantes que las ejecutaron eran, sin duda, verdaderos genios, dignos de figurar a la cabeza de los mejores artistas del mundo.

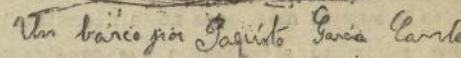
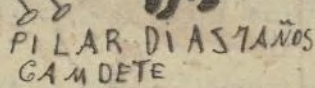
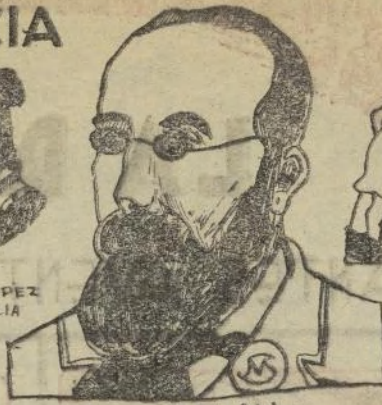
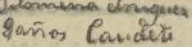
CHISTE



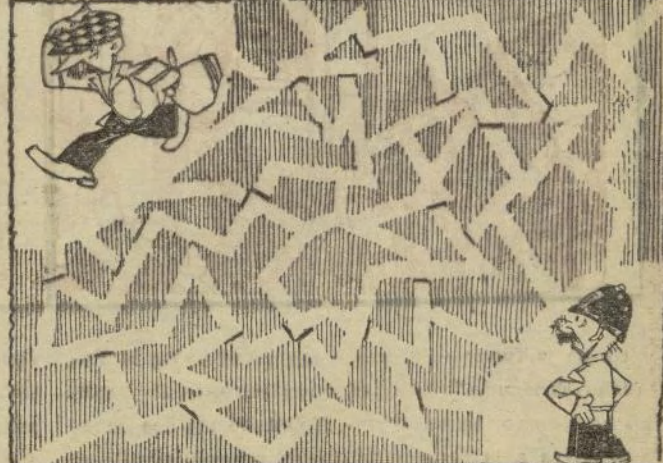
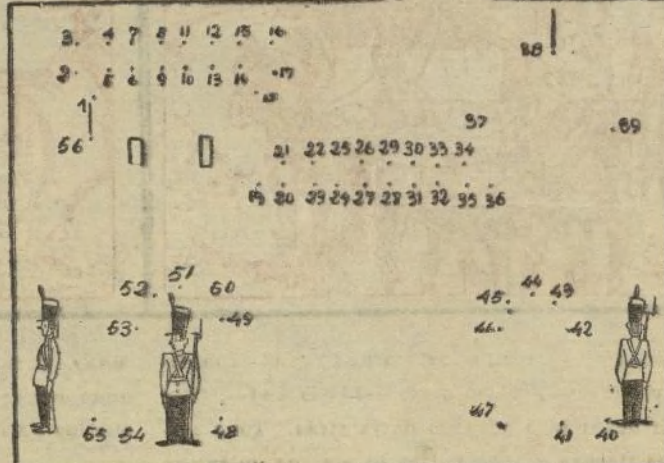
—¿No va usted al entierro de don Anacleto?

—No, señor. ¿Usted se cree que cuando yo me muera irá él al mío?

Propagad a JEROMIN, dándole a
conocer a vuestros amigos



Modelo de servilleta que deben usar los hombres que comen suciamente.



- 1.º Unid los puntos del 1 al 56 y sabrás qué hacen esos soldaditos.
- 2.º ¿Qué camino seguirá ese guardia para capturar al ratero?

DIOS TE HA DADO EL TALENTO. NO PARA QUE TE ENORGULLEZCAS DE EL, SINO PARA BIEN DE LA SOCIEDAD



LA RUTA DE TONY

EMOCIONANTES AVENTURAS EN EL PAIS DE LOS PIELER-ROJAS



Ted respondió: "Esos caballos van desbocados; hay que detenerlos antes de que suceda alguna desgracia. Espérame aquí, Tony." Y sin hablar más, espoleó a su caballo, que se atravesó en el camino delante del coche, mientras Tony se disponía a prestarle auxilio, llegado el caso. Los cuatro caballos del

coche, en tanto, con la crin al viento y las bocas espumosas, presa de pánico, galopaban por el estrecho y sinuoso camino, haciendo saltar chispas con sus herraduras. Tony vio a Ted, que, haciendo girar a su jaco, corría al lado de los otros; salió a galope y se puso al otro lado. Todos corrían entre un tor-

bellino de polvo, y detrás de ellos el coche se bamboleaba y saltaba. Ted gritó: "Sujeta un caballo, Tony." Pero éste no necesitaba estímulos. Había cogido ya las riendas del más próximo y tiraba de ellas con mano férrea. Poco a poco, con firme decisión, Tony y Ted iban reprimiendo la velocidad de los ca-



ballos, hasta lograr que el coche se parara. "Muy bien, Tony"—dijo Ted, mirando a los jacos que inclocaban sus óseas y respiraban afanosamente—. "No le sujetes más, pues no lo necesitan." Para mayor seguridad atravesaron sus cabalgaduras en el camino y se apearon. "Ahora hablaremos con el

conductor y sabremos lo que ha pasado. Probablemente habrá caído en una emboscada y habrá sido herido por una partida de indios." Ted se acercó al coche y trepó al asiento del conductor, que tenía un brazo atravesado de un balazo. "¿Quién ha hecho esto?"—le preguntó Ted, vendándole la herida—.

"No sé"—replicó el cochero—. Me murieron al atravesar la Garganta del Arbol Grueso." Esto, convencido plenamente de que Ted y Tony eran honrados, les explicó que llevaba en el coche paquetes de mucho valor. "Entonces es probable que vengan detrás persiguiéndolo"—dijo Ted, a la vez que sacaba un



rifle de la funda. "Iremos con usted hasta la Pequeña Ensenada." "Gracias, buen extranjero"—replicó el cochero, agradecido—. Tony ató los dos caballos suyos a la trasera del coche y tomó asiento al lado del conductor. "Tú, Tony, ¿eres capaz de dir-

rigir los cuatro caballos del coche?" "Sí"—contestó Tony, afable—. "Buen mozo"—sonrió Ted—. "Así podré ir descuidado mirando hacia atrás." Tony empuñó las riendas y puso al tiro en marcha, mientras Ted se colocaba cómodamente en la baka, rifle en

mano, y escudriñaba con su vista, perspicaz el camino que se abría entre las dos montañas. Esperaba que los perseguidores aparecieran en seguida.

(Continúa)